



*A Alfredo Arango Narváez*



La mañana, vestida con el aire fresco del mar de Taganga, bañaba el barrio Pescaíto, hecho con el tesón de los trabajadores portuarios y pacientes pescadores que, desde el despertar del día, tiraban sus atarrayas coloreadas del rojo ligero del pargo, de la piel gris de la sierra y del plateado de las saltarinas sardinas que hacían de esas mallas el sustento diario y la alegría de aquella tierra olvidada. Barrio de hombres recios, de esbeltas y de alegres mujeres que recorrían las calles de Santa Marta, con unas bateas en sus cabezas, vendiendo los peces del mar.

Entrado el día, el buuuuu de los barcos anunciaba su llegada al puerto. Mientras tanto, el sonido de la tambora del viejo Matei, con su pegajoso cántico de Josefa Matía, alegraba el barrio, acompañado de los cohetes que hacían volar a las golondrinas y las mariapalitos que participaban del jolgorio: un grupo de hombres con maicena en sus rostros y cabezas celebraban.

«Alguien se ganó la Lotería del Libertador», comentaron unas señoras que barrían las puertas de sus casas al inicio de la mañana. Unos abuelos, tomando café, señalaron: «Esos deben ser los portuarios que cogieron primas». Para mí, dijo un bacán parado en la esquina de la tienda de Pan Viejo: «Seguro eso fue un corone que hicieron los marimberos». Nadie atinó a saber qué era esa algarabía. Solo veían pasar por las calles a Carlos Jaricho Valderrama, a quien llevaban en hombros sus amigos de juego y parranda: *Kiko Valle*, *Tronquito Hernández*, *Malaza Vargas*, Pablo Emilio Huguet y su hermano el *Toto Valderrama*,

que alzaban las botellas de Ron Caña y palmoteaban sus manos adelantándose a los dolores de parto de su esposa Juana Palacio Llanes, altiva y bella mujer que parecía salida de un reinado marino y que traía en su vientre a Carlos Alberto Valderrama Palacio. El pequeño nació el 2 de septiembre de 1961, venía acostado en una rústica balsa, acompañado por varias canoas con nombres de juglares vallenatos, de regiones y de mujeres, alado de pescaditos dorados, y sus ojos pintaban de color miel. El momento era amenizado de bailes y ritmos caribes. Nadie sospechaba que en ese naciente cerebro y esas diminutas piernas cazcorvas se reproduciría la estirpe de los Valderrama y los Palacio, emblemas gloriosos del fútbol samario, magdalenense y colombiano.

Una casa modesta, cerca de los cerros, acompañada de brisas marinas, calores, cactus y abrojos del barrio Pescaíto, albergó los primeros balbuceos y sueños de aquel niño rubio.

Su niñez transcurrió entre la libertad de sus pantalones cortos y pies descalzos, jugando a la lleva y a las escondidas con sus amigos de cuadra; siempre era el último en ser agarrado porque se trepaba en las copas de los árboles como mico asustado. A los 7 años, impulsado por la velocidad de su imaginación, empezó a garabatear en los cuadernos guayos, balones, arcos, e inicialmente el número 12 en su espalda. Pintaba las paredes y la mesa del comedor con las tizas blancas que su padre, Carlos Valderrama Puche, tenía siempre en su bata de maestro de escuela.

—Juana, el niño está a punto de caramelo para que vaya a la escuela —afirmó el profesor Valderrama mirando por encima de los lentes caídos en su nariz.

Ingresó a la escuela pública John F. Kennedy. Las quejas de los profesores empezaron a llenar de canas a su padre, que desde los salones de clase pregona la buena disciplina, el respeto a los mayores y el cumplimiento de las tareas. Aparecieron entonces los correazos y las prohibiciones a los juegos de trompo, partidos de calle, béisbol, boliches y demás diversiones. Los regaños y las prohibiciones de su padre terminaban siempre en los brazos de su madre Juana, que, con sus cánticos de luna de mar y la luz resplandeciente que venía del Morro de la bahía, le hacía conciliar el sueño en la puerta de la casa.

En esos primeros años, tejiendo sueños y jugando picaos con la vida, empezó a conocer los vericuetos, bondades y dificultades del barrio Pescaíto. Por su propia iniciativa, armaba el equipo de la calle Quinta para competir con otras líneas de niños de San Martín, Rincón Guapo, Cuatro Bocas y Quinto Patio. Pateaban sin permisos, a puro pies desnudos la legendaria pelota 'e trapo en las polvorientas calles, encantadas por sus iniciales filigranas.

Las calles, con el beneplácito de los vecinos, parecían unos pequeños estadios, con barras a los lados y detrás de las puertas y ventanas: se jugaba el raspao, un beso a la niña más agraciada, la gaseosa, el honor y la pujanza de la calle representada. Nadie se iba a su casa a tomar agua porque el capitán del equipo lo reemplazaba por otro de una cola interminable de muchachos que ya empezaban a mostrar sus bondades futbolísticas.

Un monito, delgado y peleador en ese entonces, acariciaba la textura rústica de aquella imitación de balón. Nadie se

imaginaba lo que estaba naciendo en aquellas piernas delgadas, largas y cazcorvas que empezaban a inventarse paredes con los sardineles, las paredes y las puertas de las casas; le hacía túneles a la brisa callejera y quiebres de cintura al sol que le maltrataba ese cabello incierto y la piel, pero no el placer de jugar a aquel impetuoso infante.

Las rabietas pasajeras de la señora Teresa Avendaño y de otras madres de la calle Quinta que desde sus cocinas tiraban las ollas y erizaban sus cabellos, eran opacadas por el grito de gooooool que los hijos, nietos y vecinos coreaban a todo pulmón como si estuvieran viendo jugar al Unión Magdalena en el estadio Eduardo Santos. Ese ambiente hermanaba a la gente, y reverdecía la historia de un barrio que ya era reconocido a nivel nacional y mundial como uno de los más grandes y mejores semilleros de futbolistas.

El Pescaíto Dorado, cuando perdía un partido, se cerraba en su cuarto a llorar y no acudía a la mesa a disfrutar de los succulentos sancochos de lebranche o el arroz volao de camarones que su madre hacía. Tampoco hacía las tareas del día siguiente con juicio, peleaba hasta con su sombra, y su padre, que era profesor de matemáticas, lo ayudaba en esa área y el resto de las materias ofreciéndole llevarlo el domingo al estadio Eduardo Santos para que viera jugar a su tío, el *Toto* Valderrama, mediocampista exquisito del Unión Magdalena.

Como nunca le gustaba perder, animaba y gritaba a sus compañeros cuando no hacían los pases bien o no metían la pierna con ardentía. «El fútbol hay que jugarlo con huevos, o si no, corre y cómprate un perro». Vociferaba

cuando estaba ofuscado. Carlos Alberto era el que hacía las alineaciones, sacaba y metía a los jugadores según sus conocimientos, los adversarios y el valor de la apuesta.

—Carlos, ¿a qué horas va a hacer las tareas ese muchacho? En esta casa ya no hay medias, pantalones y camisas que alcancen, el diablillo ese se la pasa en el patio con los amigos haciendo pelota e trapo y no se acuerda ni de comer.

El padre, sentado en la mecedora detrás de la ventana, simplemente se dedicaba a mirarlo con ojos de futbolista. Ninguna atención le prestaba a su esposa. Los muchachos habían hecho de la lluvia su mejor compañía, los partidos más sabrosos se hacían cuando llovía porque el agua refrescaba el cuerpo, la pelota y la tierra. La sencilla pelota e trapo era hecha de hilachas de alegrías, afugias de los padres, de las polleras de carnaval de su mamá y de su abuela Clementina Puche y de las lecciones del abuelo Julián Valderrama que lo acompañó también en los primeros pinitos futbolísticos. La mayor felicidad del niño Carlos y sus amigos era cuando la lluvia llegaba a la ciudad, porque además no había clases y todo el día se la pasaban de amores con su pelota e trapo y en la socialbacanería.

Un 25 de diciembre, de regalo del Niño Dios, el monito de churcos dorados amaneció con un balón de cuero marrón con un ombligo en la mitad como todos los humanos, una vejiga roja llena de aire y un tubito por donde respirar. Su alegría no cupo en sus pies, y de tanto darle patadas, patadas y patadas solo en el patio de la casa, el balón marrón de vejiga explotó de un momento a otro, espantando la emoción encantada del pequeño Carlos, que, como alma

que lleva el diablo, fue a parar a la cama de Juana y Jaricho, que se morían de la risa debajo de la sábana que los cubría.

Una tarde, Carlos junior sacó de su maleta de trapo una circular que fue recibida por su padre con una mano empapada de nervios. Citación, decía en la parte superior en el centro de la hoja. Sin terminar de leer el resto del escrito, se imaginó que era otra reconvencción o que lo habían expulsado de la escuela. Carlos, padre, asistió con su hijo al plantel, envuelto en un manojo de incertidumbres y vergüenza. Varios padres de familia que lo conocían como jugador lo saludaron afectuosamente, felicitándolo por su actuación en el último partido jugado contra la Selección Antioquia, donde faltando dos minutos sacó una pelota de la raya de gol, coronando a la Selección Magdalena campeona del Torneo Nacional de Mayores. Iba impávido.

Desde un estrecho salón de clases y en medio de un calor espantoso, se escuchaba la voz quejumbrosa de la directora de curso que entregaba los boletines de calificaciones, en el que el buen resultado de Carlos en Español contrastaba con el regular desempeño en Matemáticas y las otras materias. En conducta y disciplina había una palabra en rojo que se divisaba desde la luz de El Morro: reprobado. En voz baja y en un rincón del salón, el padre no sabía cómo hablarle: si como docente, padre o jugador. Sin embargo, le dijo a la profesora Elvia Peralta de Ahumada:

—Es normal que sea así, el niño está en la etapa del juego, del crecimiento biológico, la curiosidad y la molestadera infantil. Él no se está quieto ni dormido, pero le prometo que mejorará; se lo juro, profesora Elvia.

Con un turbión de molestia en su sangre, el profesor Valderrama le hizo un cambio de cintura al portero del colegio,